

FLOR O'SQUARR

LOS ENTRESIJOS
DEL ANARQUISMO

Traducción del francés de Julieta Lionetti


melusina

Título original: *Les coulisses de l'Anarchie*

Publicado por primera vez en 1892

© De la traducción y notas: Julieta Lionetti

© Editorial Melusina, s.L., 2008
www.melusina.com

Diseño gráfico: Jordi Llobet

Primera edición, 2008

Reservados todos los derechos.

Fotocomposición: Víctor Igual, s.L.
Impresión: Romanyà Valls, s.A.

ISBN-13: 978-84-96614-41-3
ISBN-10: 84-96614-41-7
Depósito legal: B. 13.533-2008

Impreso en España

I

Monografía del anarquista

*Ahora bien, si la política ofrece un espanto
es que uno puede convertirse en criminal
sin sentirse culpable.*

La filosofía platónica definió al hombre como un ser doble: *homo duplex*. Se había anticipado al anarquista. Cualquiera que haya pasado del radicalismo al socialismo, del socialismo en general a la doctrina especial del partido obrero¹ y del partido obrero al anarquismo, lleva en sí dos seres con dotes disímiles y desigualmente armados, dos seres tan contradictorios, tan hostiles, tan dañinos el uno para el otro como los dos héroes descritos por Théophile Gautier en su *Chevalier double*. Se compone del conservador —patriota y burgués— que por atavismo conserva un apetito instintivo de poder político, un interés indefinible por la ostentación, que distingue y excluye; y también de un personaje nuevo, hipnotizado por la luz todavía borrosa de las verdades futuras, un heredero involuntario, inconsciente, de P. J. Proudhon, a quien no ha leído, de Mijaíl Bakunin, a quien tampoco ha leído, de Carlos Marx, a quien desconoce, y de Ferdinand Lasalle, cuyo nombre declara como quien revelara un enigma, y que parece, en nuestra época, el producto de una florescencia grotesca, inesperada, fatal, como la de esos árboles sil-

1. Fue del Partido Obrero dirigido por Jules Guesde, de ideas socialistas, del que el anarquismo se desgajó en 1881.

vestres que brotan en las grietas de los viejos muros, en los fundamentos o en las ruinas de un edificio desvencijado.

En las tierras rancias, en lo más profundo de los estratos burgueses, en el humus de los gremios y de los oficios, en la patria de las cofradías y de los juzgados laborales, agotada por la faena, por los socorros mutuos, por las revueltas, crece la flor salvaje del partido rojo, fresca con el frescor del alba, roja con un reflejo púrpura de fuego, viva con una vida misteriosa que chupa su savia de la misma nulidad del pasado.

El anarquista, en tanto hombre nuevo, no le debe nada —o muy poco— a la educación ni a la herencia. La selección de las especies, el estudio de los orígenes, no nos revelan en la persona de Ravachol ninguna influencia moral de las ideas ni de los sueños de los hombres de 1848, ni de las concepciones matemáticas de un Gracchus Babeuf,² ni de las especulaciones de la Internacional. Pertenece a este tiempo y, a pesar de los observadores que le buscan ancestros entre los insurrectos de la Jacquerie, entre los contrabandistas de sal o entre los bandoleros adscritos a la Revolución Francesa, se trata del hijo anónimo y natural de un siglo que avanza a tientas, del germen sembrado por la tempestad y fecundado por las borrascas, de los rambos nacidos en el flanco de la ruina moral —más ruinosa cada día— donde se acumulan los polvos del viejo mundo, transformados en estos lodos, siempre renovados, siempre fecundados.

Algo se está gestando en las profundidades de la matriz colosal donde el tiempo engendra la historia: un recién nacido monstruoso. Este engendro terrible, sin madre, es el bastardo de los teóricos, de los soñadores y de los ideólogos. Vino al mundo, como los otros hijos de los hombres, con dolor, pero con un dolor más hondamente doloroso, en medio de las angustias de la miseria social, de los terrores de una esclavitud pasada de moda, y de una prostitución sin horizonte.

2. Revolucionario y político francés, conocido también como Gracus, amigo de Jean-Paul Marat. En 1789 dio a conocer su doctrina de fiscalidad igualitaria en su *Catastro Perpetuo*. Defensor de la abolición de la propiedad privada, del derecho de herencia y de la colectivización de las tierras de labrantío, se le considera un precursor del ideario comunista.

Viandantes, contemplad este aborto inquietante: todos sois un poco responsables de esta vida de la que abusa, extrayendo energías de vuestro riñón para volverse contra vosotros. ¿Acaso buscáis el absoluto de este siglo? Aquí lo tenéis: Duval, Pini, Ravachol, Simon, Gustave Mathieu, Meunier, Francis, Lucien Weil, Béala, Etiévant, Mariette Soubère, la Bricou.³ El estado llano ha decretado que la investigación de la paternidad esté prohibida. Poco importa. Éstos son sus hijos y sus hijas. Las ordenanzas y la carta constitucional, el derecho natural y el pacto legislativo, julio de 1830, febrero y junio de 1848, diciembre de 1851, las cooperativas nacionales y la Comuna, las masacres de las calles Transnonain y Haxo, produjeron a este niño atroz que ha crecido de golpe en las tinieblas.

¿Quién es este nuevo personaje del drama social? ¿Quién es el anarquista? Un vagabundo sin oficio ni beneficio. Un ganapán que, por tanto, sale a la aventura por el camino real.

¿Por gusto? No. Por necesidad.

Aunque profesa y practica el amor libre, por naturaleza se siente atraído hacia lo doméstico, hacia el puchero, hacia la vida íntima que ofrece reposo y no cuesta demasiado. Pero, ¿con qué posibilidades? Apenas iniciado, el anarquista ya no puede estar quieto. Le hace falta cumplir su misión, que se reduce a «hacer propaganda»; fomenta huelgas en su taller o en su fábrica, provoca su propio despido o su expulsión. No puede evitarlo. También, a partir de sus primeros pasos de militante, se crea adversarios y enemigos que enseguida terminan acorralándolo. El patrón y el obrero, el trabajador y el capitalista, se vuelven contra él al unísono y le obligan a salir por piernas. Desde ese momento queda fichado.

Como es de todo menos un oportunista, como no esperó el momento propicio, ni las circunstancias favorables, ni las quejas legítimas para organizar su primera huelga, su alzamiento en armas contra el explotador le convierte rápidamente en un sospechoso a los ojos de los trabajadores, a quienes ha decepcionado, y a los de los pa-

3. Con la excepción de los ladrones anarquistas Duval y Pini, y del periodista Lucien Weil, todos los demás fueron acusados junto a Ravachol en diferentes procesos.

trones, a quienes amenazó. Hace apenas quince días que es un militante y ya le han mostrado la puerta. Ofrece sus brazos en la fábrica de enfrente, en la obra de al lado. Gestiones vanas. Los informes que lo ponen en evidencia lo escoltan a todas partes o incluso han llegado antes que él. Los patrones también se coligan. No lo emplearán en ningún sitio a menos que sea por error y, en ese caso, por poco tiempo. Al comienzo, esta conspiración de la vida le conmueve y le sorprende. Se pregunta: «¿Qué les he hecho para merecer esto? ¿Por qué me persiguen como si fuera una bestia sarnosa o cruel? He defendido mis intereses y los de mis “semejantes”. ¡Después de todo, estaba en mi derecho!»

Pronto discernirá la injusticia en esta hostilidad: ¡la injusticia burguesa, por supuesto! Este descubrimiento aviva en él la idea de la revuelta como un lingotazo de alcohol le inflamará la sangre. Ha comenzado la persecución. Que así sea. La aceptará incluso con orgullo. La teoría anarquista se le encasqueta un poco más en el cerebro, como si fuera un clavo ardiente que los patrones hubiesen remachado a martillazos. Entonces lía sus petates, se ajusta los pantalones, se aprieta el cinturón y se echa al camino, con unas monedas en el bolsillo y con destino a la próxima ciudad, donde espera encontrar trabajo y un nuevo campo de experimentación para su celo de neófito.

Si sale de Angers —digamos que de los pizarrales de Trélazé— irá hasta Nantes, donde hará de estibador improvisado, de mozo de cordel, o de porteador en los muelles del Loira, arramblando con todos los trabajos que no exijan más que un par de brazos y provisto de la indiferencia más imprudente.

Tened por seguro que, a menos de un mes de su llegada, el barrio de la Fosse verá una huelga de los más afligidos y que el ex cantero de Anjou, altruista por principio, se hará con la dirección del movimiento. Organizará los grupos, presidirá las reuniones, los mítines, sentará las bases de una coalición sindical, redactará, imprimirá y colgará los manifiestos. Y todo ello sin un duro. Las actividades de todos darán crédito a su palabra. Mil, tal vez dos mil, pares de brazos se cruzarán durante una o dos semanas sobre los pechos escuálidos y sobre los estómagos vacíos sólo porque él así lo ha que-

rido. La cobardía de unos, el egoísmo de otros, el hambre, la indigencia, los críos que lloran delante de la panera vacía, las mujeres que empalidecen cuando comparten el último coscurro, las madres horrorizadas de ver cómo se han secado sus pezones, de los que ya no mana leche, las muchachas a quienes la prostitución arroja al crepúsculo, en suma, todo el drama que palpita bajo la aparente serenidad de los conflictos obreros arruinará la empresa del salteador de caminos. Una distensión reducirá hasta a los más aguerridos. En el puerto, una y otra vez se repetirá que «nada de esto habría ocurrido de no ser por este pájaro de mal agüero». Y entonces, con la paz ya acordada entre patronos y asalariados, nuestro hombre —nuevamente fichado— verá otra vez abrirse, en los confines de los suburbios, la carretera pública que se hunde en el horizonte, con sus bosquecillos, sus planicies, sus verdores, sus pájaros cantores, su relente y sus cielos azules. Reunirá a sus viejos compañeros en una asamblea general y les explicará, con la mayor de las serenidades, que son unos cobardes y unos idiotas, que todavía hay en ellos demasiado del monaguillo y del esclavo, que habrían tenido éxito si lo hubiesen querido, si se hubiesen atrevido, porque ellos son la mayoría, porque ellos son la fuerza. Y sólo entonces cogerá su petate, se ajustará los pantalones, se ceñirá el cinturón y saldrá a la aventura con unas pocas monedas en el bolsillo, hacia Saint-Nazaire o hacia Brest, hacia Rennes o hacia Cherbourg, hacia cualquier ciudad donde espera ganarse el pan y convertir a los hombres.

Entretanto, le darán albergue en las granjas y hará propaganda entre los campesinos.

Este fanatismo infatigable le hará atravesar Normandía hacia las regiones más septentrionales. Lo expulsarán de las hilanderías de Ruán, de las vidrierías de Douai, de las minas de Anzin, de los hornos de Fives. Cruzará la frontera con Bélgica, siempre a pie por el camino, visitará Bruselas, donde las maravillosas organizaciones obreras de Brasseur y de Jan Volders⁴ despertarán su desdén —¡tonterías!, ¡nada más que socialismo autoritario!—, irá a Anveres, donde se quedará ocho días, algo pasmado por la máquina, en Lie-

4. Dirigentes del Partido Obrero belga.

ja y en Seraing estará un mes, y también visitará Borinage,⁵ a la que considerará la tierra prometida. Puede que llegue hasta Alemania, a la dilatada Alemania tan inclemente con la anarquía, a menos que decida bajar por el este a través de Luxemburgo y desde allí, a través de Vosges, acabe en el Jura.

En dos o tres años habrá visto mundo, dejando en todas partes una escuálida semilla de revuelta que habrá tirado por encima del hombro con indiferencia, sin ninguna preocupación por la calidad del suelo. Sus conocimientos habrán aumentado considerablemente, la educación habrá sido suplantada por la experiencia. Sabrá idiomas y dialectos, porque habló bretón en Vannes, normando en Caen, valón en Namur, flamenco en Gand, una mezcla de flamenco y valón en Bruselas, alemán en el Este o en Suiza y, como ese bohemio cosmopolita que había aprendido a sablear pequeñas cantidades en todas las lenguas del mundo, el anarquista se habrá vuelto capaz de predicar la anarquía en todas las jerigonzas.

Sobre todo en su propia jerigonza, que ha creado a imagen de su doctrina y en la cual todas las palabras tienen un sentido ultra revolucionario, sin ninguna deuda con los galimatías de otros tiempos, estudiados y codificados por Paul Delvau o por Lorédan-Larchey.⁶

En este idioma epileptiforme, el diputado sospechoso de aceptar sobornos es un «chorizo»; la Asamblea nacional es «el Acuario»; el magistrado, un «mercader de injusticias»; el alimento, «el curro»; los ricos, los «cebados»; los pobres, «menesterosos»; los miembros del jurado, esos burgueses alineados en dos filas en los juzgados penales, se han convertido en «las doce cabezotas», y así sucesivamente. Para colmo, el anarquista no presume de elegancia. Habla y escribe en una lengua brutal, incluso en la intimidad. Como quien no quiere la cosa, como prueba de esta afirmación pondré por ejemplo la carta remitida el 27 de junio pasado a uno de nuestros compañeros de la prensa, que se marchaba a Londres para hacer un estudio de los am-

5. Debido a sus explotaciones de carbón, la región valona de Borinage se convirtió en una de las cunas de la revolución industrial, junto con Inglaterra.

6. Autores de un famoso diccionario de argot parisiense.

bientes anarquistas. Es una carta de recomendación o, mejor, de presentación:

Mi querido Lucien:

Te ruego que te pongas a la jodida disposición de X, portador de la presente.

Ni hablar de que le des la lata; él te dirá qué espera de tu amistad. Te choco esos cinco.

E.P.⁷

Al compañero Lucien Weil, Club Autonomie, Windmill Street, Tottenham Court Road.

Si bien es cierto que durante sus viajes el salteador no ha adquirido buenos modales, por lo menos se ha formado ideas muy desarrolladas sobre las manufacturas y los usos. Sabrá, sin necesidad de tomar notas, por un simple ejercicio de la memoria, cómo se reparten aquí y allá los contingentes revolucionarios, sus divisiones en sindicatos socialistas o en grupos anarquistas; lo que se puede intentar en Montpellier y lo que es viable en Calais; cómo se extrae el hierro en el monte Canigou y cómo lo trabajan en Saint-Chamond; por qué los ajustadores del Sena tienen mejores salarios que los de Nevers o de Creusot; dónde existe la posibilidad de encontrar abrigo si a uno lo echan de los talleres de La Ciotat; cuál es el artificio que permite viajar gratuitamente en los vagones de equipaje de los trenes de la *Companie du Midi*, y un sinfín de cosas más. Juzga estos conocimientos como una ciencia y, en realidad, forman un capital de ciencia práctica muy útil en el día a día de la vida.

Agreguemos que no habrá descuidado nada que le permita aumentar y perfeccionar su educación revolucinararia para «servir a la causa». Fiel lector (porque no puede ser un suscriptor), no habrá lé-

7. El autor de esta «carta de presentación» es Émile Pouget, director y editor del periódico *Père Peinard*.

do nada más que los panfletos anarquistas: el *Falot Cherbourgeois* en Normandía, el *Homme libre* en Lille, el *Attaque* en Marsella, el *Libertaire* en Argelia. De paso, no ha evitado mantener relaciones con el *Père Peinard*, gracias al cual ha denunciado a todos los patrones, denuncias que el pasquín parisiense tradujo con su lenguaje ordinario. Es gracias al paria de los caminos, corresponsal gratuito y benevolente, que los periódicos anarquistas publican titulares sensacionalistas como éstos:

- «Huelgas nunca vistas en El Havre»
- «Tres canallas (patrones) en Amiens»
- «La leonera de Saint-Étienne»
- «Revuelta de estufistas de gran copete»
- «Charlatanerías de un marinero»
- «Cabronadas de un capataz»
- «Aspaviento de conferencia en Bourges»
- «Extravagancias del rey de Narbona»
- «Majaderías militares»
- «La filoxera burguesa en Champagne»
- «Cochinada de un patrón belga»
- «Torturan a un traperero en Macón».

Pocos periódicos, sin exceptuar a los más importantes, tienen una correspondencia tan voluminosa como los periódicos anarquistas, lo cual se explica por el celo y por la pasión de sus corresponsales. Cuando un paria de los caminos ha enviado su carta a su periódico, es un hombre dichoso.

Pero de donde extrae una alegría sin parangón es de su prédica. En presencia del primer viandante que se le aparezca, de un desconocido que podría ser un chivato, el anarquista no puede reprimirse y «hace propaganda». De entrada, se declara anarquista, sin que nadie le haya preguntado por sus opiniones; y lo hace con un orgullo sereno, rayano en la modestia, casi con afabilidad. Después, se dedica a convencer al desconocido, aunque el desconocido vista sotana, toga o charreteras, incluso si sabe que jamás volverá a verlo, porque el anarquista predica a pie, a caballo, en

coche, en la ciudad, en el campo, en prisión. Por todas partes. Es como un hombre ensartado en una idea fija, convertido en la peonza de un concepto que le empala la existencia y le hace girar sobre un pivote.

Durante el mes de junio pasado, el director de un periódico anarquista, Gardrat, fue condenado a dos años de prisión y a tres mil francos de multa por diversos crímenes. El tal Gardrat, licenciado en ciencias y en letras, había conservado ciertas relaciones con el mundo burgués. Ante el temor de un arresto inminente, sumado a su imposibilidad de cruzar la frontera prontamente, pidió asilo a un viejo compañero de colegio, que ahora ostenta un cargo oficial, el señor D***. Los dos condiscípulos no se habían visto durante los últimos doce años, desde la época del Barrio Latino. D*** acogió a Gardrat e hizo que le prepararan una cama en el salón. Hacia las dos de la madrugada, el funcionario se despertó sobresaltado. Gardrat, con una bujía en la mano, estaba de pie a su lado y le decía:

—Esto no es suficiente... Me he dado cuenta de que no compartes nuestras ideas. Prende un cigarrillo, que voy a sentarme junto a tu lecho y te convertiré.

—¡Por favor! ¡No me fastidies! —gritó D***.

Vana retórica. Gardrat acercó una butaca que apoyó contra la mesilla de noche y comenzó a predicar la teoría del derecho al robo y a la retractación individual.

Y, mientras pasaba la vista sobre las piezas de un mobiliario demasiado suntuoso para su gusto, le decía a su amigo:

—Mira, por ejemplo, tú tienes en demasía y yo tengo demasiado poco. Es injusto. Tengo el derecho de apropiarme aquí mismo de todo lo que me sea necesario.

—Me gustaría verlo...

—¡Silencio! Quédate tranquilo. No robaré ni una cerilla de tu casa... Era sólo un ejemplo, para que me entiendas.

D*** creyó que había encontrado una manera de acabar con aquel debate nocturno: sopló la llama del pabilo y apagó la bujía. Gardrat, a tientas, buscó las cerillas. Iba de una habitación a otra, en total oscuridad, derribando muebles, cristalerías, adornos y anaquelles. Por fin, encontró una caja de fósforos de seguridad y volvió al

cuarto de su salvador después de hacer tambalear una vitrina cargada de vajilla. Volvió a encender la bujía como quien no quiere la cosa y continuó, muy tranquilo:

—Me doy cuenta perfectamente de que todavía no me has entendido... Decíamos, entonces...

Y D*** se vio forzado a escucharle hasta las cuatro de la madrugada. En ese momento, muerto de sueño, se declaró convencido con tal de poner fin a su tortura. Había sido tocado por la gracia. ¡Allí mismo! Y Gardrat se felicitó por la conversión.

—¡Estaba en lo cierto! ¡Un tipo inteligente como tú!

Y le ofreció su perdón.

Al día siguiente, el anarquista pasó a Bélgica, jactándose de haber reclutado a un neófito. Pero el ejemplo más formal de monomanía de la propaganda que se conoce hasta hoy lo dio Ravachol.

Una hora y media después de la explosión de la calle Clichy—donde salvó el pellejo por circunstancias que relataré más adelante— Ravachol fue a parar al restaurante Véry, en el bulevar Magenta. Se había levantado alrededor de las cinco, había llegado a París desde Saint-Mandé con una maleta que pesaba más de treinta kilos, y sólo había comido un huevo crudo. Dieron las once. El anarquista notó que tenía hambre. Entró al restaurante, se sentó y pidió un almuerzo modesto.

Entonces, este hombre que no sólo acababa de escapar de una muerte fulminante, sino que había perpetrado un atentado cuyas consecuencias ignoraba totalmente, este hombre a quien cualquiera supondría todavía tembloroso y afectado de escalofríos, o al menos agitado, la emprendió con la conversión del camarero que le servía.

Se ha hablado mucho de esta primera conversación entre Ravachol y Lhérot, tal vez con igual yerro. Lhérot se defendió ante el tribunal en lo penal de no haber prestado oídos a las teorías de su cliente. Es cierto que bien puede haber exagerado su devoción por la burguesía. Ravachol, que no era un mentiroso, afirmó que la conversación se había entablado a propósito de las tristezas, las fatigas, y las sumisiones de la vida militar y que encontró en estas reflexiones un pretexto para intentar la conversión de Lhérot al anarquismo. ¿No era absolutamente natural? ¿Hay algo más verosímil? Lhé-

rot acababa de dejar su regimiento y no estaba muy contento. Se felicitaba de haber cumplido ya con el servicio. Es posible —al margen de lo que haya dicho— que se quejara de la severidad de sus superiores. ¿Qué soldado no pronuncia palabras similares cuando vuelve a la vida civil?

Fueron suficientes para Ravachol. Habló. Este iletrado que había leído poco y mal se acordó de que él mismo había sido conquistado por la palabra, catequizado si se quiere. Y trató de conquistar a Lhérot. Si cualquier otro hubiese estado en su lugar, Ravachol se habría comportado de la misma manera. Ni se imaginaba que todas las fuerzas policiales de la prefectura y del Ministerio del interior lo buscaban desde el atentado del bulevar Saint-Germain contra el juez Benoît, ni que el tal Lhérot muy bien podía ser un «confidente», esos hombres que, sin estar empleados regularmente por la policía, a veces pasan información por la que son remunerados. No se le pasó por la cabeza que en un momento como aquel —porque el atentado de Saint-Germain ya había conmocionado a París— su charla podía ponerle en evidencia.

No. Lhérot sólo se le aparecía como un espíritu a convertir, como pasto para las llamas de la idea.

También le preguntó sobre su pasado, su terruño, sus relaciones, sus recursos. Y enseguida despertó las sospechas de Lhérot, que lo tomó por un ladrón y se mostró desconfiado. Llegó al extremo de preguntarle dónde dormía y si dormía solo. Las sospechas de Lhérot descienden hasta la duda deshonrosa, de la que algún día el dinamitero deberá dar cuentas. Por fin, Ravachol va tan lejos como para hablarle del asunto de la calle Clichy.

¡Pensad por un instante que el atentado se cometió entre las ocho y las nueve de la mañana; que apenas habían dado las once; que el restaurante Véry sito en la parte baja del bulevar Magenta —es decir, a sólo cuatro kilómetros de la finca donde vive el fiscal general Bulot—; y que en esa zona de Château d'Eau nadie tenía noticia del atentado! Esa misma tarde, leyendo *La France*, Lhérot se acuerda de aquel cliente inconfundible que hacía profesión de fe anarquista y conocía las noticias antes de que se publicaran. A partir de entonces ya no lo olvida más.